
Letras

Semblanza de Miguel Cané

JUAN MANUEL VILLARREAL

Heureux, qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
Joachim Du Bellay

NACIDO EN LA PLATA en 1905. Se doctoró en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de La Plata, en la que hoy es profesor adjunto de Economía Política. Siendo alumno del Colegio Nacional fundó y dirigió la revista "Estudiantina" y en la Facultad de Humanidades, la titulada "Don Segundo Sombra". En 1931 fue designado presidente de la Federación Universitaria Argentina, cargo que desempeñó por dos períodos. Actualmente es director de la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata. Cultiva la literatura de ficción, habiendo publicado El burlador de la muerte (cuentos) y Mi propia horca, novela que mereció el premio de literatura de la provincia de Buenos Aires. Pertenece a la Sociedad Argentina de Escritores y colabora frecuentemente en el suplemento literario dominical del diario "La Nación", de Buenos Aires.

LA generación del 80 tiene en la historia de nuestra cultura un significado excepcional. Las primeras figuras —por su actuación política— son Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, pero una de las más representativas, aquella que más campos cubrió con su trayectoria estelar, es otra. Me refiero a Miguel Cané. Su vida —con sus luces y sombras— fue, en cierto modo, la síntesis de las virtudes y defectos de aquella generación argentina. “Durante muchos años, Buenos Aires vio en él —se ha dicho— su expresión y su orgullo” porque Miguel Cané, antes que escritor, político, diplomático o universitario elocuente, fue la suma de los hombres de su tierra; la figura de la gran aldea, un porteño auténtico: la flor y nata de nuestros mejores espíritus. A su vera, casi deslucen un poco Mansilla, Eduardo Wilde, Aristóbulo del Valle, Lucio V. López —sus contemporáneos y amigos. No es extraño, entonces, que fuese el hijo dilecto del Buenos Aires finisecular. Alto, bien plantado,

elegante, toda su figura rezumaba distinción y buen gusto. Un retrato lo muestra de pie, en su biblioteca, ante un sillón frailer que luce escudo heráldico. Tiene un libro abierto en las manos y, sobre la butaca, una pila de diarios.

Su elegancia —toda pulcritud y mesura— impresiona tanto como los mostachos emblanquecidos y la cabellera sobriamente peinada. Sólo las cejas conservan su tinte juvenil pero, por contraste, la mirada —melancólica y profunda como la de un hidalgo del Greco— parece revelarnos el hastío del gran señor que está de vuelta de todo. Es la efigie crepuscular de quien ha sido diputado, senador, ministro, intendente de la Capital, profesor y decano de la Facultad de filosofía y letras, porque —con excepción de la presidencia de la República— alcanzó todos los honores que su patria podía otorgar. Hasta la gloria de ser el escritor argentino más leído de su tiempo; lauro que le brindó JUVENILIA.

VIDA Y MUERTE DEL PADRE

Quiso el destino que este porteño arquetípico naciese fuera de Buenos Aires. Su padre —romántico y rebelde— se había expatriado a Montevideo en 1835 “porque le pesaba sobre el alma la atmósfera que la influencia de Rosas había formado en su patria.”

En hora no lejana, la dictadura llegó a violar la casona solariega de la calle Balcarce. “Los emponchados —cuenta su biógrafo— entraron por los corredores con aguardentosos “vivas” a la Federación y “muera” a los Salvajes”. Una matrona de la familia —doña Bernabela Farías de Andrade— salvó a las Cané de un ultraje mayor.

No es extraño, entonces, que el mismo día en que don Miguel se graduaba saliese para Montevideo —“su tierra del destierro donde tanto se aprende, donde tanto se sufre.” Allí vivía su hermana Justa, en cuyo marido —Florencio Varela— incubaba el tirano otra víctima.

“Mi padre fue un hombre de incomparable brillo —dirá más tarde Cané—, de una imaginación ardiente y vigorosa, de corazón caliente y animoso, pero al mismo tiempo de una movilidad interior incansable y en lucha eterna contra el fastidio. . . De una generosidad pródiga, las dificultades materiales de la vida lo amargaron sin cesar. Nacido sin fortuna, no supo, no pudo, no concibió el modo de hacerla.

LETRAS

Vivía ampliamente, no conocía el valor del dinero y tenía el gusto de las buenas cosas de la vida, la mesa espléndida, el círculo constante, la alegría del hogar, el centro vibrante del espíritu, la juventud y la belleza.”

Abogado, periodista, escritor, después de enviudar de su primera mujer doña Luciana Himonet —grácil figura de daguerreotipo— se casó en Montevideo el 18 de marzo de 1849 con Eufemia Casares, “vinculada a los círculos aristocráticos de la Banda Oriental”, según lo subraya quien hace mérito de ello. Dos años después —el 27 de enero de 1851— nació en dicha ciudad nuestro protagonista, en pleno sitio de Oribe y en ausencia de su padre, a la sazón en París.

Cané, sin embargo, no padeció los acíbares del destierro como Avellaneda y Wilde. A los dos años está ya en Buenos Aires y diez después pierde a su padre. “Todas las amarguras de la tierra, todas las decepciones que un hombre puede sufrir en política y en sus afectos íntimos, acabaron por matar en él el entusiasmo y por hacerlo aspirar, como a una suprema liberación, el reposo de la muerte”, nos dirá su hijo y agrega: “Cuando llegué a Mercedes, llamado por mi madre, bajo el ancho corredor, sentado en un sillón, vi a mi padre inmóvil, con la mirada sin brillo fija en el espacio. Siento aun sobre mi frente su mano cansada, acariciando mis cabellos. Tres días después murió: tenía cincuenta y tres años.”

Bajo ese sino trágico se cerró la infancia de Cané.

EL COLEGIO NACIONAL Y M. JACQUES

Tres meses más tarde, el huérfano entra en el Colegio Nacional. “La tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto de mi madre, me hicieron abreviar el plazo y yo mismo pedí ingresar tan pronto se celebraran los funerales” —nos cuenta en JUVENILIA.

Este instituto tiene su historia. Su más remoto antecedente es el Colegio San Carlos o Real Convictorio Carolino, fundado en 1783 por el Virrey Juan José Vértiz. En 1823, Rivadavia lo convierte —cuando se llamaba “Unión del Sur”— en el Colegio de Ciencias Morales y en ideas y sentimientos y adquirieron un temple moral que no ha contribuido en poco a salvar la civilización de la República durante la reac-

ción del despotismo”, sostiene Juan María Gutiérrez. En sus aulas se encontraron Cané padre y Juan Bautista Alberdi.

Aquella casa —tras otros avatares—, durante la presidencia del general Mitre y su ministro Eduardo Costa, se convirtió en 1863 en el Colegio Nacional Buenos Aires. Allí se enseñaba latín.

Era un caserón de helados y sombríos corredores. Los jesuitas —cuya expulsión decreta Carlos III en el siglo XVIII— deambularon por allí y ni siquiera aquellos muchachos —inquietos y revoltosos— podían aventar el aire conventual.

El nuevo alumno no conocía a nadie. “Notaba en mis compañeros aguerridos ya en la vida de reclusión, el sordo antagonismo contra el nuevo.” No es extraño entonces que “silencioso y triste” se ocultase “en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar”, el cariño materno, su independencia, “la buena comida y el dulce sueño de la mañana.”

La gran figura del Colegio era Amadeo Jacques, el director de estudios. “Mis recuerdos vivos y claros en todo lo que al maestro querido se refieren —nos dirá Cané— me lo representan con su estatura elevada, su gran corpulencia, su andar lento. . . La cabeza era soberbia, grande, luminosa, de rasgos acentuados. . . Era áspero, duro de carácter, de una irascibilidad nerviosa, que se traducía en acción con la rapidez del rayo, que no daba tiempo a la razón a ejercer su influencia moderadora.”

Groussac —en uno de sus medallones de LA BIBLIOTECA— nos ha dejado la semblanza de Jacques. Había nacido en París en 1813; fue normalista y se doctoró en letras. En 1846, al estallar la lucha entre la Iglesia y la Universidad, Jacques funda la revista “La liberté de penser”. Después del 48, con el advenimiento de Napoleón III, al ser suspendido como profesor por sus artículos sobre “El catolicismo y la democracia”, busca —triste y amargado— el destierro más lejano y elige el Plata para su nueva vida. “En su hora —afirma Groussac— rehusó la reparación tardía para quedarse al frente de su obra fecunda, prefiriendo a la gloria de Europa la penumbra y la paz de la patria adoptiva.”

Esa elección tuvo su premio. La página más emocionante de JUVENILIA es aquella en que se rememora su muerte. “Estaba tendido sobre la cama, rígido y con la soberbia cabeza impregnada de una majes-

LETRAS

tad indecible. Pendía su mano derecha... Uno a uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella los labios, como un adiós supremo a quien nunca debíamos olvidar.”

LA GRAN ALDEA

Evoquemos al Buenos Aires de entonces —“patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea”, como lo adjetiva Lucio V. López. La plaza de la Victoria con la Catedral y el Cabildo con su vieja torre, cuyo reloj “se descomponía —según José Antonio Wilde— con más o menos frecuencia.” La recoba vieja, “refugio para los concurrentes contra el sol, el frío o el aguacero repentino.” A unas cuadras, el Colegio Nacional.

Una noche, nuestro estudiante, después de armar una tremolina, fue expulsado y va a caer —rendido— en un banco de aquella plaza Victoria. “Un hombre pasó —nos cuenta— me conoció, me interrogó y tomándome cariñosamente de la mano me llevó a su casa, donde dormí en el cuarto de sus hijos, que eran mis amigos. Era D. Marcos Paz, presidente entonces de la República...” ¡Idílicos tiempos de la gran aldea!

Los camaradas de Cané son Lucio V. López —amigo fraternal— Pedro Goyena, Ignacio Pirovano, Roque Sáenz Peña y Aristóbulo del Valle. Con Carlos Pellegrini —“valiente, cordial, impresionable”, según Groussac— va entonces por las noches a un café clandestino donde juegan al billar, en unión de otros compinches. A veces, la velada termina en una riña con los peones del mercado de Perú y Potosí, y Pellegrini —alto y recio— tiene que sacar las castañas del fuego, defendiendo al grupo. Otras veces, y son las más, el ex-alférez de la guerra del Paraguay, corre hasta su casa a Terry, como quien practica una higiénica costumbre.

Otro día, nuestro muchacho, con algunos compañeros del Colegio, asiste, después de llegar por las azoteas, a una procelosa sesión de la legislatura que funciona en la misma manzana. Buenos Aires se divide entonces entre “crudos” y “cocidos” y la pasión enardece los ánimos de esos partidarios de Alsina o del general Mitre.

A fines de 1868, Cané es bachiller. Es un momento crítico; piensa en el porvenir y escribe: “Yo veo el mío, sí; pero cubierto de nu-

ción del despotismo”, sostiene Juan María Gutiérrez. En sus aulas se encontraron Cané padre y Juan Bautista Alberdi.

Aquella casa —tras otros avatares—, durante la presidencia del general Mitre y su ministro Eduardo Costa, se convirtió en 1863 en el Colegio Nacional Buenos Aires. Allí se enseñaba latín.

Era un caserón de helados y sombríos corredores. Los jesuitas —cuya expulsión decreta Carlos III en el siglo XVIII— deambularon por allí y ni siquiera aquellos muchachos —inquietos y revoltosos— podían aventar el aire conventual.

El nuevo alumno no conocía a nadie. “Notaba en mis compañeros aguerridos ya en la vida de reclusión, el sordo antagonismo contra el nuevo.” No es extraño entonces que “silencioso y triste” se ocultase “en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar”, el cariño materno, su independencia, “la buena comida y el dulce sueño de la mañana.”

La gran figura del Colegio era Amadeo Jacques, el director de estudios. “Mis recuerdos vivos y claros en todo lo que al maestro querido se refieren —nos dirá Cané— me lo representan con su estatura elevada, su gran corpulencia, su andar lento. . . La cabeza era soberbia, grande, luminosa, de rasgos acentuados. . . Era áspero, duro de carácter, de una irascibilidad nerviosa, que se traducía en acción con la rapidez del rayo, que no daba tiempo a la razón a ejercer su influencia moderadora.”

Groussac —en uno de sus medallones de LA BIBLIOTECA— nos ha dejado la semblanza de Jacques. Había nacido en París en 1813; fue normalista y se doctoró en letras. En 1846, al estallar la lucha entre la Iglesia y la Universidad, Jacques funda la revista “La liberté de penser”. Después del 48, con el advenimiento de Napoleón III, al ser suspendido como profesor por sus artículos sobre “El catolicismo y la democracia”, busca —triste y amargado— el destierro más lejano y elige el Plata para su nueva vida. “En su hora —afirma Groussac— rehusó la reparación tardía para quedarse al frente de su obra fecunda, prefiriendo a la gloria de Europa la penumbra y la paz de la patria adoptiva.”

Esa elección tuvo su premio. La página más emocionante de JUVENILIA es aquella en que se rememora su muerte. “Estaba tendido sobre la cama, rígido y con la soberbia cabeza impregnada de una majes-

LETRAS

tad indecible. Pendía su mano derecha... Uno a uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella los labios, como un adiós supremo a quien nunca debíamos olvidar."

LA GRAN ALDEA

Evoquemos al Buenos Aires de entonces —“patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea”, como lo adjetiva Lucio V. López. La plaza de la Victoria con la Catedral y el Cabildo con su vieja torre, cuyo reloj “se descomponía —según José Antonio Wilde— con más o menos frecuencia.” La recoba vieja, “refugio para los concurrentes contra el sol, el frío o el aguacero repentino.” A unas cuadras, el Colegio Nacional.

Una noche, nuestro estudiante, después de armar una tremolina, fue expulsado y va a caer —rendido— en un banco de aquella plaza Victoria. “Un hombre pasó —nos cuenta— me conoció, me interrogó y tomándome cariñosamente de la mano me llevó a su casa, donde dormí en el cuarto de sus hijos, que eran mis amigos. Era D. Marcos Paz, presidente entonces de la República...” ¡Idílicos tiempos de la gran aldea!

Los camaradas de Cané son Lucio V. López —amigo fraternal— Pedro Goyena, Ignacio Pirovano, Roque Sáenz Peña y Aristóbulo del Valle. Con Carlos Pellegrini —“valiente, cordial, impresionable”, según Groussac— va entonces por las noches a un café clandestino donde juegan al billar, en unión de otros compinches. A veces, la velada termina en una riña con los peones del mercado de Perú y Potosí, y Pellegrini —alto y recio— tiene que sacar las castañas del fuego, defendiendo al grupo. Otras veces, y son las más, el ex-alférez de la guerra del Paraguay, corre hasta su casa a Terry, como quien practica una higiénica costumbre.

Otro día, nuestro muchacho, con algunos compañeros del Colegio, asiste, después de llegar por las azoteas, a una procelosa sesión de la legislatura que funciona en la misma manzana. Buenos Aires se divide entonces entre “crudos” y “cocidos” y la pasión enardece los ánimos de esos partidarios de Alsina o del general Mitre.

A fines de 1868, Cané es bachiller. Es un momento crítico; piensa en el porvenir y escribe: “Yo veo el mío, sí; pero cubierto de nu-

bes, sombrío como una tumba, negro como la tempestad.” Desahogo romántico de quien, sin embargo, ha de ser un mimado del destino. Mientras dura la crisis, recalca en el periodismo e ingresa en “La Tribuna”, que dirige Héctor Varela. Esa es, quizá, su vocación. Diputado, senador, ministro o diplomático, nunca dejó de escribir para los diarios. Tenía la gracia ligera del cronista.

El 12 de octubre de ese año, Sarmiento se había hecho cargo de la presidencia de la República. Para prestigiar aquella magistratura vejada recurrió a los símbolos exteriores: una carroza con baranda de plata y una escolta de sanjuaninos disfrazados de húngaros. Era el mismo pedagogo que, en vísperas de Caseros, se había presentado al campamento de Urquiza con uniforme de oficial francés, kepí con plumas y silla inglesa. Tanto la carroza como el traje de marras eran parte de su plan contra la barbarie.

Buenos Aires veía pasar al “intruso” en aquel coche y con semejante escolta, un poco burlescamente. Sin embargo, los tiempos no eran para bromas. Mitre y Urquiza —forjadores de la organización nacional— estaban frente al gran sanjuanino. “Acaso, la eminencia a que el voto de mis conciudadanos me han elevado, —dice entonces Sarmiento— sea para que sienta más el embate de los vientos y el vano tronar del rayo.”

La sutil diplomacia del ministro Vélez Sársfield y un diálogo epistolar logran la reconciliación con el caudillo entrerriano. Para sellarla, el presidente visita la sede de aquél y el joven cronista de “La Tribuna” forma parte de la caravana. “Iba yo en la comitiva presidencial y uno de los recuerdos más fuertes de mi juventud es la impresión de aquellos días: los regimientos de caballería, enrojeciendo con su traje sangriento las riberas del Uruguay, el aspecto semicolonial, semi-feudal de San José y sobre todo el largo y estrecho abrazo de aquellos dos ancianos...”

Cané siempre admiró a Sarmiento.

DÍAS DIFÍCILES

Cané estudia derecho sin mucho entusiasmo. Sus evasiones son el periodismo y la política. Después de su primer viaje a Europa —en 1870— escribe en “La Tribuna” algunas notas que llevan a Avellaneda

LETRAS

hasta el diario para felicitarlo. Como no lo encuentra, le deja una carta que termina: "Cultive su aristocrático espíritu y sea feliz."

En 1875 es elegido diputado a la legislatura de Buenos Aires. Allí —en un debate— hará profesión de fe liberal. Se opone a la enseñanza eclesiástica y sostiene que todo lo que tiende a separar completamente la Iglesia del Estado es adelanto y desarrollo moral. Era el discípulo de Amadeo Jacques el que hablaba y el hombre de una generación que, con Sarmiento, Mitre y Wilde, daría al país la ley de educación laica y la de matrimonio civil. Además, fue siempre agnóstico. "He evitado siempre en lo posible entrar en las iglesias —confiesa en JUVENILIA— porque no teniendo la fortuna de creer me habría sido imposible, sin un esfuerzo insoportable e hipócrita, conservar una actitud, más que respetuosa, recogida."

En las postrimerías de la presidencia de Sarmiento, surgen las candidaturas de Avellaneda, Adolfo Alsina y la del general Mitre. Los primeros unen sus fuerzas y se crea el Partido autonomista nacional. Mitre se lanza a la revolución y es derrotado.

Únicamente concurre al comicio el partido oficial, alianza de Avellaneda y Alsina y el 1º de mayo de 1876 Cané se incorpora con Mansilla, Wilde, Delfín Gallo, Amancio Alcorta y Lucio Fidel López, entre otros, a la Cámara de Diputados de la Nación, pero, sólo dos años después obtiene su título de abogado.

Avellaneda debió afrontar la federalización de Buenos Aires. En vísperas de finalizar su presidencia, surgen dos candidaturas: la del doctor Tejedor, mandatario provincial, y la de Roca, ex ministro de guerra y candidato del oficialismo.

Si los porteños siempre consideraron al presidente como un huésped, Tejedor —enconado— trató de hacer lo más incómoda posible aquella residencia. Una noche, un agente de policía prohíbe la entrada de Avellaneda a un teatro. "Soy el presidente de la República", le dice, creyendo no ser reconocido. "Y a mí qué me importa" responde el milico.

Caldeado el ánimo popular, se llega hasta insultar a los representantes avellanedistas. Después de un escándalo en las puertas de la Cámara, el diputado Cané propone la creación de "un cuerpo especial, costado, vestido y mantenido por el Congreso."

La situación hace crisis cuando Carlos Tejedor se levanta en armas contra el gobierno nacional y éste debe trasladarse a Belgrano, mientras concentra su ejército en la Chacarita, aquella Chacarita de los colegiales evocada en JUVENILIA.

En ese exilio, Cané ejerce la función de director general de correos. “Cuántas veces —recuerda luego Groussac— Pellegrini, Del Valle, Cané... evocaron en mi presencia aquellos días lejanos, siempre irisados por la ilusión, y más cuando representaban a la vez el pasado y la juventud. Recordaban, sobre todo, a una encantadora ministrita, blanca y sabrosa, como la carne de las chirimoyas salteñas...”

EL DIPLOMÁTICO

Entretanto las fuerzas rivales se enfrentaron y Buenos Aires vio pasar largos carretones con heridos y fue el blanco de algunas bombas lanzadas por la escuadra nacional. El general Mitre interpuso su influencia y logró la renuncia de Tejedor. El 24 de junio se intervino la provincia insurrecta.

Se convoca a elecciones y Cané es electo diputado al Congreso por segunda vez. Sin embargo, su alma viajera siempre estaba lista para tomar su bordón de peregrino y lanzarse —como Ulises— al mar.

El general Roca lo designa jefe de la misión diplomática ante Venezuela y Colombia. Este nombramiento no fue una dávida al correliionario adicto. El candidato tenía sus antecedentes. En 1879, durante la guerra del Pacífico, Cané hizo un viaje a Chile, rumbo a Perú, con el pretexto de buscar a su entrañable amigo Roque Sáenz Peña, que se batía allí por el agredido. En Santiago, mientras espera, ve y observa. Luego, desde Lima, envía al presidente Avellaneda sus informes confidenciales sobre la situación chilena. Ahora, en cambio, la misión será ostensible.

Cané tiene a la sazón casi treinta años y su estrella está en el cenit. Su vida va a sufrir, sin embargo, una transición definitiva. El caso tiene algo de paradójico e incomprensible.

Aunque ha nacido para escribir, comienza escogiendo la palestra pública. “Pero —como dice Quesada— si bien se explica que un hombre de este temperamento sacrifique las letras por la política, no se comprende cómo sacrifica la vida pública por la tranquilidad del ocio

LETRAS

diplomático." Podría creerse que lo hace para escribir. Sin embargo, nunca será un escritor profesional. Carente de vanidad literaria, siempre borrajeó a vuela pluma.

En lo íntimo, Cané es un escéptico. Es el hombre que a los 21 años escribe: "No hay nada en la vida: la carne es una miseria, el cariño una farsa que mata y envenena, la gloria . . . un hierro candente que abrasa el espíritu." Su amigo Montero lo ha definido como el eterno *dilettante* a quien todo atrae y nada fija. "Revoloteaba, aspiraba el perfume, absorbía la dulzura, pero no se detenía." Hay en él la *nonchalance* del gran señor y, acaso, lo que le atrajo a la vida diplomática fue, sobre todo, su *confort* y . . . la seguridad económica.

De cualquier modo, siempre fue el hombre para el puesto. "Su aspecto físico era atrayente" —nos dice Montero. "Tipo fino, delicado, de apariencia nerviosa, fecundo en impresiones rápidas e intensamente sentidas. Tenía gallardía y gentileza; su acento, su mirada, el gesto bondadoso y al mismo tiempo ligeramente altivo, revelaban la superioridad de ánimo. Lo mejor en él era la conversación."

EN VIAJE

En 1881, para llegar a Venezuela y Colombia, desde el río de La Plata, era necesario ir hasta Europa. Cané y su secretario —Martín García Merou— se embarcan en "La Gironde". Aquél ha contado las alternativas de la misión en un libro —"En Viaje"— que es quizá su obra más atrayente.

En París, asiste al Instituto donde oye a Renán, el ídolo de su juventud. Su pluma traza un retrato a lo Sainte-Beuve. "Era un prior de convento del siglo xv el que hablaba. Su ancha silla no podía contener aquellos miembros voluminosos, repletos; un tronco obeso y prosaico, un vientre enorme, pantagruélico . . ."

En Londres, concurre a una función del Convent Garden, cuyo auditorio de gran tono le causa "una sensación indefinible". "Digámoslo o no —confiesa— el hecho innegable es que somos republicanos en la vida política, esencialmente aristocráticos en la vida social."

Bogotá —la capital de Colombia— es una ciudad mediterránea, cuyo principal acceso es el río Magdalena. Este, con sus regaderos y

chorros, dificulta la navegación entre un paisaje tropical, salpicado de feroces caimanes. Un viaje dantesco.

La misión argentina lleva sus instrucciones secretas. Refiérense a una eventual guerra con Chile y al conflicto del Pacífico. En Bogotá, Cané se entera de que los gobiernos de Santiago y Buenos Aires han resuelto la cuestión de límites y el peligro de la guerra ha desaparecido. La mediación de Estados Unidos en el Pacífico, tampoco se producirá. La cancillería le advierte que debe suspender sus gestiones al respecto. Es decir, prácticamente la misión carece de objeto político ya.

Cané —con su desgano señorial— nos ha privado de un libro que pudo ser encantador. Sus memorias de diplomático. Ahora, sólo le preocupa volver, salir de aquel remoto destierro.

Poco después, es designado ministro en Alemania y Austria. El propio presidente —el general Roca— le recomienda que trate de lograr parte de “esa inmensa corriente de hombres que emigran todos los años de Alemania.” “Necesitamos a todo trance —le dice— aumentar nuestra población.”

En Berlín —en el Palacio de Potsdam— lo recibe Guillermo I. En Viena, el emperador Francisco José. Pese al encanto de esta ciudad de orillas del Danubio y los vales de Strauss, sueña con ser ministro en París. Sin lograrlo, regresa a Buenos Aires en 1892.

Cané fue un viajero paradójico. Aunque no le seducía trajinar por los caminos, siempre le gustó contar sus andanzas. Del relato de sus viajes surge de cuerpo entero. Comodón, aristócrata, mujeriego, sensible a las bellezas del paisaje, gruñón a veces y siempre ansioso por llegar. Es el viajero desencantado.

INTENDENTE Y MINISTRO

Al hacerse cargo de la presidencia de la República el doctor Luis Sáenz Peña, le ofrece a Cané la Intendencia de la ciudad de Buenos Aires. Era ésta, entonces, una población de poco más de medio millón de habitantes. Acaba de abrirse la avenida de Mayo, pero todavía quedan resabios de la gran aldea, pintada por Lucio V. López. “En la plaza de la Victoria —cuenta Giusti— operaba en coche descubierto un pedicuro. En los altos del teatro Nacional, situado en la calle Florida, se inauguran en enero las primeras audiciones de fonógrafo.” Se

LETRAS

funda un Ateneo literario y artístico que preside Calixto Oyuela y por el centro puede verse aún la figura del general Mitre, en carne y hueso o la elegancia de Lucio Mansilla, alto y soberbio, con una flor en el ojal y el monóculo de un *dandy*.

El país sufre todavía los efectos de la crisis del 90. Alem e Irigoyen conspiran en la sombra. Una revolución radical en Catamarca, en febrero del 93, provoca la caída del gabinete. En el nuevo, Cané es Ministro de relaciones exteriores y luego del interior. Unos meses después, su paso por el gobierno ha terminado y su espíritu —dice— quedó rendido y “disgustada el alma.”

En 1895, vacante la legación en París —su viejo sueño— vuelve a la diplomacia. Es el París finisecular de los viejos *fiacres*, del *Moulin Rouge* de Toulouse Lautrec, del escándalo del caso Dreyfus.

El gobierno francés es absolutamente proteccionista. El ministro argentino se propone obtener una modificación de esa política, pero fracasa. “Poco me queda por hacer”, comunica a Buenos Aires.

Entretanto vive en la rue Alfred De Vigny, cerca del elegante parque Monceau. Conversador infatigable, todas las tardes va a “L’Epatant”, club parisiense. En esos días, Rodin estaba modelando la estatua de Sarmiento. “El soberbio viejo fue uno de los raros cultos de mi vida, me llena el espíritu” —escribe Cané— y con frecuencia va al taller del escultor, en el barrio de los Inválidos, para ver la obra.

LA LEY DE RESIDENCIA

En 1898, Cané es elegido senador por la Capital, en reemplazo de don Bernardo de Irigoyen, gobernador de Buenos Aires.

La cuestión social se perfila ya y la clase trabajadora comienza a nuclearse para defenderse. Los anarquistas difunden su literatura inquietante. La emperatriz de Austria, Amalia Eugenia, había muerto en un atentado terrorista y en 1894 Sadi Carnot —presidente de Francia—, corrió igual suerte.

Cané presenta entonces un proyecto de ley que, al sancionarse, será conocida como de residencia, aunque su verdadero nombre debiera ser ley de expulsión de extranjeros. Con ese título publica unos apuntes en 1898. Era un viejo tema que siempre le había preocupado. El proyecto, con algunas modificaciones, se convirtió en ley el 18 de

noviembre de 1902, después de las huelgas generales que agitaron a la Capital Federal.

Con los años, Cané ha de rectificar su posición. Poco a poco, su espíritu va comprendiendo la cuestión obrera, a la que califica como la más grave de las cuestiones sociales de nuestro tiempo.

“Las huelgas, las reivindicaciones sociales legítimas —dice— no se resuelven apelando a la ley de residencia, que es una ley concebida y sancionada contra el crimen y no contra el derecho. La solución es abaratar la vida del obrero, que es la mejor manera de elevar el salario.”

AÑOS FINALES

En 1899, Juan Agustín García, en la colación de grados de la Facultad de derecho, afirmó: “Si al pensar en el porvenir de la república la imaginara como una colosal estancia... pero sin un sabio, un artista y un filósofo, preferiría pertenecer al más miserable rincón de la tierra...”

Tres años después, durante el rectorado del doctor Leopoldo Bavilvaso, fue fundada la Facultad de filosofía y letras como contrapeso al utilitarismo profesional de la enseñanza universitaria. Había nacido débil y era objeto de burlas. Sin embargo, “es esa la empresa —como dice Korn— más honrosa realizada por los hombres del 80.” A ella no estuvo ajeno Cané. Al ser decano le tocó defender en el Consejo Superior los estudios humanísticos y filosóficos, mirados como inútiles.

No era la primera vez que debía abogar por los estudios desinteresados. En 1880, siendo diputado nacional, intervino para evitar que se suprimiese la cátedra de griego de la Universidad de Córdoba y logró salvarla. Por su esfuerzo y el de otros hombres de su generación “al fin hubo en la República Argentina todavía un sitio donde se leían los clásicos, se cultivaba la historia y se recordaba la existencia de las disciplinas filosóficas” —afirma Korn.

Ese fue el último servicio que Cané prestó al país. El 5 de septiembre de 1905 fallecía en Buenos Aires, víctima de una vieja dolencia cardíaca.

LETRAS

VALORACIÓN

Intentemos una valoración postrera del personaje y su obra. Esta es, por lo pronto, el mejor testimonio de su vida, casi su semblanza moral.

Miguel Cané fue un gran señor, escéptico y comodón. Era fundamentalmente un magnífico conversador. En las tertulias de sobremesa o en las poltronas del Club del Progreso su espíritu florecía en palabras hasta dar su dimensión humana más característica. Había vivido y andado mucho; leído sin descanso. Rebozaba de anécdotas y recuerdos. Tenía el ingenio y el vocablo fáciles, que salpimentaba con la gracia natural que descubrimos en todas sus páginas. "Esa finura francesa del gusto y la elegante espontaneidad del estilo" que Grousac le reconoció. Al evocarlo, el recuerdo de Montaigne ha rondado más de una vez nuestro espíritu. Como éste, era, acaso, un poco haragán, le gustaba la vida fácil, apoltronada.

Sin embargo, le tocó vivir entre hombres urgidos siempre a hacerlo todo. El país y su tiempo lo exigían. Por eso fue diputado, diplomático, senador, intendente, ministro, decano de la facultad de filosofía y letras. Las circunstancias y la pobreza lo condenaron a ello. "En ninguno de esos cargos dejó profundas huellas de su acción, pues su espíritu insatisfecho siempre, estuvo como de paso por esos puestos", según el juicio de Ricardo Rojas.

De haber sido rico como su tocayo francés, sólo habría acaso viajado y escrito. Tuvo ingenio y vocación para eso. Ahora tendríamos ciertos ensayos sobre la condición humana, alguna novela o memorias inolvidables como las de Saint-Simon, el cortesano de Luis XIV. La vida, en cambio, lo obligó a ser personaje y como tenía un alma en gran estilo, eligió siempre papeles de alto coturno y en ese mariposeo fugaz, dilapidó sus días y calidades.

Hoy sólo nos quedan sus páginas, pálido reflejo de lo que fue su espíritu. De cualquier modo, Miguel Cané ocupa un lugar de privilegio en nuestra incipiente literatura nacional. Ese es, en definitiva, su título a la gloria, el laurel que siempre coronará su nombre.